

ERNESTO QUESADA

HOMENAJE A SU MEMORIA

POR EL

Dr. Raúl A. Orgaz

(Profesor de Sociología en la Universidad de Córdoba)

El doctor Ernesto Quesada, que ha fallecido en Spiez, Suiza, el 7 de febrero último, había celebrado su septuagésimo quinto aniversario el 1º. de junio del año anterior, lejos de la patria, en una atmósfera de apacible retiro y de concentrada intimidad. Para su última residencia en el extranjero, había escogido un nombre de melancólica sencillez: "Villa Olvido". ¿Por qué este gesto desencantado en quien nació y vivió bajo los auspicios de la fortuna, del talento y de la pública consideración? Punto es el rozado que debemos reservar al biógrafo del eminente publicista. Nuestro objetivo, al escribir esta breve nota, es trazar el perfil del concienzudo maestro y del polígrafo excepcional, para rendir a su memoria el homenaje que la Universidad de Córdoba le debe.

En páginas ligeras, no desprovistas del interés que les confieren cierto aire de complacida remembranza y un tono de grata confidencia, Martín García Mérou trazó los orígenes del "Círculo Científico-Literario" a que perteneció, allá por 1878, lo mejor de la juventud estudiosa de la Capital, y en el que figuraban Enrique García Mérou, Julio E. Mitre, Luis M. Drago, Adolfo Mitre, Rodolfo Rivarola, José N. Matienzo y Ernesto Quesada, entre otros. El primero y el último encabezaron sendos grupos contendores, en debates literarios que apasionaron al juvenil enjambre. "Quesada — escribe García Mérou — representaba la erudición

poliglota, germánica, copiosa y abundante” y su iniciación literaria adoleció de “una afectación de ciencia que era el pecado venial de aquella literatura de su primera edad”. Quesada, en efecto, habíase estrenado con un libro sobre la sociedad romana en el primer siglo de nuestra era, en el que ya se esboza su verdadera personalidad, tal como la definiría en medio siglo de perseverante labor.

Descendía de un hogar distinguido, el que formaron el historiador y diplomático doctor Vicente G. Quesada y doña Elvira Medina, y tuvo la fortuna de recibir una instrucción extensa y variada en los gimnasios alemanes. Siguió cursos en las universidades de Leipzig y París, y más tarde en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, donde se graduó en 1882. Más que esta enseñanza, influyeron en él sus frecuentes viajes al extranjero (estuvo, en distintas ocasiones, en Estados Unidos, Australia, Rusia, Brasil, etcétera, e hizo un periplo en 1913) y sobre todo, el magisterio cordial e insustituible de su padre, cuya rica biblioteca aprovechó y cuya dilatada experiencia le fué de incalculable valor. Con él dirigió, desde 1881 a 1885, la meritísima “Nueva Revista de Buenos Aires”, en la que el novel escritor afianzó su nascente reputación con numerosos artículos y críticas.

Muy joven aún, el doctor Quesada entró como profesor al Colegio Nacional de Buenos Aires cuando era rector José Manuel Estrada. En este establecimiento dictó hasta 1884, fecha en la cual regresó a Europa, el curso de literaturas extranjeras y estética.

Su verdadera labor docente se polariza en la cátedra de sociología, que desempeñó con indiscutida autoridad desde 1904 hasta 1921, fecha de su retiro de la enseñanza. Dióle resonancia, al profesar esta materia en la Facultad de Filosofía y Letras, el haber recogido, para refutarlas, las palabras del ex-decano Dr. Miguel Cané, pronunciadas al transmitir el decanato al Dr. Norberto Piñero, y con las cuales negó título y categoría a la ciencia social para figurar en los planes de estudios. Chocaron dos temperamentos, y se midieron dos concepciones de la cultura. El tradicionalismo humanista halló fiel expresión en el amigo de la gracia sutil y de la sobria elegancia que fué, por sobre todas las cosas, el doctor Cané; el ardor erudito, y la fe en la excelencia de los nuevos mé-

todos y de los nuevos principios inspiraron al doctor Quesada. Este desmenzó implacablemente las afirmaciones del autor de "Prosa ligera", y su trabajo se ofrece, según expresión del profesor Bernard, presidente de la Sociedad Americana de Sociología, como "a master piece of dignified exposition", alabada también, en su hora, por Ward y por Xenopol.

En esa monografía, como en cualquiera de los otros trabajos de Quesada, se nota que lo que constituye la fuerza de su labor de maestro y escritor se convierte, a las veces, en debilidad. La concepción germánica del saber universitario entra con él, a banderas desplegadas, en la producción científica argentina; y ello convierte a Quesada en antípoda de Cané, o mejor, — para tomar un ejemplo más estricto, — de Juan Agustín García. Si éste representó muy bien el tipo del profesor saturado de amable escepticismo y de espontánea indulgencia, el doctor Quesada fué el ejemplar más completo del maestro que cree fervorosamente en las virtudes de la erudición y en las excelencias del rigor metodológico: ejemplo precioso éste en un país donde las gentes admiran aún al improvisador de talento, y al **dilettante** que vagabundea espiritualmente por el mundo de las ideas... Ciertamente es que, en ocasiones, incurrió Quesada en exceso de celo, y que de haber tenido cátedra en París, habría visto, quizás, que su nombre figuraba al lado de los de Durkheim, Lavissee y otros en la memorable campaña emprendida por Agatón, hace un cuarto de siglo, contra la Nueva Sorbona, enferma — a lo que decían — de germanismo. No importa: este ocasional exceso de celo jamás hará olvidar la pertinencia del ejemplo y el valor del gesto que venían a conmover el optimismo criollo de nuestras esferas universitarias.

Otras monografías igualmente valiosas, en este sector sociológico de la dilatadísima labor de Quesada, merecieron también el favor de la crítica. La exposición que en ellas se hace de autores y doctrinas es siempre irreprochable. Si alguna reserva es lícito anotar — y hay que tener en cuenta, al formularla, la consabida diferencia de los tiempos — es la que corresponde a la amplitud, en nuestro concepto excesiva, con que el eminente profesor acogía como sociológicos asuntos o temas que una severa delimitación doctrinaria habría excluído del dominio de la nueva ciencia, cuya vaguedad enciclopédica de la primera hora tanto

disgustó a los honrados especialistas de la economía, de la criminología y demás ciencias particulares de lo social. En compensación, el doctor Quesada siempre se interesó por los problemas prácticos, como lo prueba — entre otros casos — el curso intensivo que dió en 1913 sobre “la sociología australiana” comparada con la argentina, con especial referencia a lo económico, político, educacional y legislativo.

Al aproximarse el tiempo de su retiro, el doctor Quesada dedicó sus últimas clases a la exposición de la doctrina filosófico-histórica de Osvaldo Spengler, a la que vino a dar prodigioso curso, en el mundo hispano-americano, el alto patrocinio de Don José Ortega Gasset al prologar con entusiasmo la traducción que hizo el señor García Morente. Poco tiempo bastó, sin embargo, para disipar el hechizo de los vastos paisajes spenglerianos. Entre tanto, la gran autoridad del doctor Quesada impuso la nueva filosofía, y la universidad de Córdoba — como lo hicieron las de Buenos Aires y La Plata — deseó también acercarse de inmediato a las intuiciones y profecías del brillante pensador teutón. Invitó, pues, por iniciativa de quien esto escribe, al doctor Quesada, a que expusiese en ella algunos aspectos de la “morfología de la historia universal”, y así lo hizo aquél, pronunciando la primera de las dos conferencias que preparó, el 27 de octubre de 1923. Más tarde fueron éstas reunidas en un volumen que editó la Facultad, juntamente con trabajos sobre el mismo asunto de los doctores Martínez Paz y Orgaz. La alta idea que de la nueva doctrina tenía el profesor Quesada, y que documentó al poner en un mismo plano a Spengler con Kant (véase el artículo “Kant und Spengler” en el “Deutsche La Plata Zeitung”, 22-IV-923), le llevó a resistir ciertas apreciaciones sobre el carácter, sentido y legitimidad de la doctrina spengleriana, como se comprueba con las cartas que publicó la “Revista de Filosofía” (marzo de 1923) y con las conferencias insertadas en la “Revista de la Universidad de Buenos Aires”, entrega de octubre de 1924. La amistad de Quesada con Spengler, iniciada con la preparación del curso especial a que nos hemos referido, se estrechó cuando el primero, al alejarse del país, resolvió terminar sus días en la Suiza bernesa.

Es sabido que el éxito mayor de su carrera de publicista no

le vino al doctor Quesada del campo de la sociología, sino del de la historia. “La época de Rosas”, libro aparecido en 1898, es considerado, con unanimidad, su mejor volumen. ¿De dónde procede esta fama? Sencillamente, de haberse esforzado el autor en demostrar, de hecho, y sin proponérselo explícitamente, la exactitud del juicio que Alberdi formuló, en 1837, al juzgar el gobierno de Rosas: “El señor Rosas, considerado filosóficamente — escribió Alberdi — no es un déspota que duerme sobre bayonetas mercenarias: es un representante que descansa sobre la buena fe, sobre el corazón del pueblo”. La época, pues, según la tesis del libro, hizo a Rosas, la época lo explica. El doctor Quesada, que a los catorce años de edad presencié la visita que su padre hizo al ex-tirano, en la chacra que éste poseía en Swathling, a dos millas de Southampton, dió sumo interés, en su alabado libro, a la evocación del hombre y del medio, y desarrolló magistralmente el paralelo entre Rosas y Luis XI, advertido ya por Magariños Cervantes en 1854, a la vez que llamaba, con expresión que logró fortuna, “la Edad Media Argentina” al período que se inicia con la crisis del año 20. Sin dejar de exhibir contradicciones de detalle, que la crítica señaló, sin dejar de ser un alegato, este libro de Quesada, no obstante lastimar un poco sentimientos que todos los argentinos, en mayor o menor grado, aún experimentan, se recomienda por su valentía y por su riqueza de información. Los historiógrafos ven en él el penoso arranque indispensable para llegar a una visión más objetiva de esa época. En 1923, la Facultad de Filosofía y Letras de la Capital lanzó, de esta obra importante, una edición jubilar.

Fuera de enseñar, el doctor Quesada consagró sus energías a la magistratura. “Dilexi iustitiam”, pudo exclamar en su retiro, pues la justicia lo contó entre sus servidores. En la dignísima y callada tarea de dar a cada uno lo suyo, comenzada en 1899, reveló el celo y dedicación que en todo lo singularizó, librándose del riesgo de que las gentes advirtiesen un contraste entre el maestro y el magistrado; y es notorio que más de una de sus interpretaciones jurídicas fijó rumbos a la jurisprudencia. Tal dedicación, poco frecuente en hombres de sus gustos y hábitos de intelectual, llegó alguna vez, sin embargo, a arrancarle quejas sinceras. A los cuarenta y cinco años de edad, en plena

madurez, se alarmaba ante el peligro de rutina que se cierne sobre el magistrado celoso de su misión: “Francamente — escribía entonces — cuando quiere un magistrado, con el objeto de escapar a esa porfía y persecución del papel sellado, tender la vista a alguna otra clase de estudios, leer un libro de diferente índole, siquiera sea conversar de asuntos de diversa naturaleza, volviendo los ojos a las puertas del gusto, siente que su espíritu desfallece en el primer asalto...” Y añadía: “Semejante estado de cosas... produce un sedimento de amargura que es precursor del desencanto” (Véase “Tristezas y esperanzas”, in “Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales” de Buenos Aires, 1903.)

Sintió la atracción de las letras, y escribió artículos de crítica y hasta novelas (“Dos novelas sociológicas”, 1892); pero careció del don de la expresión inolvidable. Su prosa, abundante, clara, salpicada de locuciones latinas y de alusiones clásicas, fué la que correspondía a su vivísimo anhelo de ser útil a los demás por la difusión incesante de hechos, opiniones y doctrinas. Una de sus curiosas modalidades consistió en evocar la figura de un autor o personaje desaparecido, valiéndose de sus mismas palabras, rehechas a través de conversaciones guardadas en la memoria del crítico. Así, por ejemplo, recordó Quesada a Ingenieros, con el cual, a pesar de la diferencia de edad, mantuvo siempre cordialísima amistad, estrechada cuando en 1916 ambos participaron en el Congreso Científico Panamericano de Wáshington, integrando la delegación que presidió el primero.

Al pronunciar el discurso oficial en la celebración del centenario de la Universidad de Buenos Aires, anunció el doctor Quesada su propósito de dedicar sus últimos años a la publicación de los 30 tomos de las **Memorias** de su padre. Para cumplir esa vasta tarea — tan piadosa como útil — acarició la idea — según nos expresó en una carta — de hallar en las sierras de Córdoba algún “buen retiro”, en el cual se instalaría con sus libros y papeles, envuelto ya por las sombras crepusculares de un día dilatado y fecundo. Debíó decidirse, sin embargo, por un rincón en las montañas de Suiza. Donó la rica biblioteca que su padre y él habían formado — 60.000 volúmenes y 18.000 manuscritos — a la Universidad de Berlín, la que sobre esa base ha creado el “Ibero Amerikanische Institut”. En carta que el doctor Quesada

dirigió desde Spiez, el 17 de enero de 1929, al profesor Martínez Paz, y que los diarios de Córdoba reprodujeron, explica el motivo de aquella cesión: No halló aquí, en la patria, el interés que debió despertar el ofrecimiento hecho por él, a la Universidad de Buenos Aires, para que tomase a su cargo, esta entidad, la "Biblioteca y Museo Quesada". Es seguro que esta inesperada decepción no dejó de influir para crear la atmósfera de desencanto que flota sobre sus últimos días, y a que aludíamos al comenzar las presentes líneas.

Y ésa fué, compendiosamente evocada, la vida de este maestro de saber excepcional y de ejemplar laboriosidad.

Córdoba, Abril 1934.
